

INTRODUCCION

SOBRE LA PERCEPCION DE LA VARIABILIDAD CLIMATICA

EDUARDO ALVARADO CORRALES*

En las dos últimas décadas el medio natural se ha convertido, cada vez con mayor intensidad, en objeto de atención y preocupación permanentes. Diferentes investigadores y científicos con muy diversa formación y orientación han llevado a cabo trabajos sobre el mismo; sin embargo, lo cierto es que en muchas disciplinas era algo que se llevaba haciendo desde hacía mucho tiempo, tal vez desde que se configuraron como tales —incluso en lo que podríamos considerar los inicios de las mismas. Lo significativo y nuevo en estas dos últimas décadas ha sido:

- su descubrimiento por los medios de comunicación
- la difusión y divulgación del conocimiento científico
- una intensificación sobre los estudios del medio natural y su transformación.

Esto se ha producido como consecuencia de una mayor preocupación por todo lo concerniente al medio natural, especialmente lo relacionado con su destrucción y deterioro, así como por una presencia, cada vez mayor, de este tipo de temas en la sociedad actual a través de los medios de comunicación de masas, prensa, radio y sobre todo televisión.

Debido a ello, podemos hablar de la existencia, en el hombre medio, el hombre de la calle, de una doble percepción, o mejor, de un doble concepto de percepción y «conocimiento» de los fenómenos naturales: el que lleva a cabo él directamente y el que se produce a través de los medios de comunicación, aunque hayan sido estos mismos los que le han permitido realizarla.

El descubrimiento por parte de éstos de las noticias relacionadas con el medio natural desde un punto de vista sensacionalista o meramente informativo ha generado no sólo una opinión, sino una informa-

* Departamento de Geografía. UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA.

ción creciente, tal vez deslavazada y en ocasiones con errores o simplificaciones, pero a todas luces en progresivo incremento. Una tendencia que se ha visto ampliada con el surgimiento de revistas de divulgación científica, con un contenido más informativo, aunque en ocasiones puedan caer en el excesivo análisis de lo concreto, lo puntual y lo «excepcional». De este modo tanto la información meteorológica, en particular, como la relacionada con acontecimientos excepcionales y catastróficos, en general, se han convertido en una referencia habitual en los medios de comunicación y han dejado de estar circunscritas a los ámbitos más estrictamente científicos y de la investigación.

Derivado parcialmente de esta presencia y cierta presión, así como por el propio interés por la naturaleza y lo que ocurre en su entorno más inmediato, el ciudadano medio, el hombre aislado, como usuario y una parte integrante del medio, más o menos natural o urbanizado, percibe esos cambios y los ajusta a su escala de valores particular, elaborada según su información, formación, opinión y propias necesidades.

De este modo, los cambios de presión, la presencia de días cubiertos y despejados, la lluvia y la niebla, etc., son considerados como elementos individuales, pero con una personalidad propia que se reflejan en hechos concretos que afectan directa o indirectamente al ciudadano medio: el propio estado de ánimo, la utilización del automóvil, la posibilidad del descanso de fin de semana, la excursión en los períodos vacacionales, el desarrollo de diversas actividades de ocio en el medio natural... Se ha producido así un interesante fenómeno, ya que esa «meteorología» popular, de mayor sentido, raigambre y profundidad existente en el medio rural se ha transferido o mejor recubierto con un barniz urbano —tal vez el hombre de la ciudad se siga descubriendo de esta manera como un hombre del medio rural que antes o después se ha visto obligado a «urbanizarse» —y no es inusual que se hable de frentes, anticiclones, borrascas, gotas frías, huracanes o sequías.

Se ha producido, por tanto, una difusión, una divulgación y una «vulgarización» del conocimiento científico. Desde otro punto de vista en Climatología, del mismo modo que en otras áreas de la Geografía o de la Ciencia, en términos generales, en contacto directo con el medio físico, se aprecia una preocupación por los fenómenos excepcionales y por la adaptación de los grupos humanos a tales situaciones.

Bajo este doble punto de vista —la percepción personal y la preocupación científica— la idea de riesgo y catástrofe natural gana sentido rápidamente; pero ello se produce a nuestro entender con la idea o la aceptación implícita de:

- aceptar la idea de que junto a los fenómenos «normales», existen otros de carácter excepcional y que no se corresponden estrictamente a su consideración de fenómenos extremos, excepcionales, sino en relación a un valor o consideración de media a «normal».

- considerar que los grupos humanos conviven con esa idea del carácter «normal», pero difícilmente superan las situaciones excepcionales. Es indudable que el propio carácter de «catástrofe natural» es muy variable, independientemente del tipo de fenómeno del que se trate, en función de la magnitud del fenómeno y del grado de desarrollo del grupo humano en cuestión; según ello, algunas de tales situaciones excepcionales pueden constituir una catástrofe natural o adquirir unas ciertas connotaciones negativas en función de la capacidad para asumir luchar y superar tales fenómenos y los hechos derivados de los mismos, mientras que en sociedades más desarrolladas los mismos fenómenos no llegan a adquirir tales connotaciones de gravedad, riesgo y catástrofe. Algo que indudablemente hace referencia y nos pone en contacto con la detección y la lucha preventiva antes que con la lucha contra los propios efectos.

Esta referencia a la adaptación de sociedades y grupos humanos a tales catástrofes y su prevención, confiere a nuestro entender unos matices especialmente sugerentes a estos temas. Por una parte, se trata de un carácter aplicado; pero por otra confiere más sentido a una contestación que existe en la calle ya que es indudable que las preocupaciones medioambientales con ser reales no dejan de haber sido, si no alentadas, bien acogidas por el poder al olvidarse o pasar a un segundo plano las preocupaciones y reivindicaciones sociales y económicas.

Es indudable que dependiendo del lugar donde nos encontremos podrán existir ciertos casos de excepcionalidad o de riesgo natural al margen ya del grado de desarrollo. Si en ciertos ámbitos los terremotos, el vulcanismo, los movimientos de tierra, etc., tienen ese carácter excepcional, en el ámbito en que nos situamos y dadas las propias características socioeconómicas, e incluso culturales, dichas catástrofes estarán asociadas básicamente a la variabilidad climática y a la acción combinada del hombre sobre los mismos. Así en una zona de clima mediterráneo, con todo tipo de variaciones, y con espacio amplio y diverso como es el de la Península Ibérica y las áreas insulares próximas, el carácter excepcional y de catástrofes naturales se encuentra asociado a las precipitaciones intensas, de carácter torrencial, o bien, en el extremo opuesto a la falta de las mismas: la sequía. Dos fenómenos especialmente extremos pues se definen y diferencian por la corta y larga duración respectivamente, por el exceso y falta de agua, ya que las temperaturas no son un elemento que los separe tan tajantemente, aunque en la mente del hombre de la calle, del ciudadano medio también en ese sentido ocurra, como hechos característicos asociables al invierno y al verano. Precisamente ese hecho de la duración constituye en buena medida una excepción respecto a la idea de catástrofe natural ya que parece existir respecto a ellas una referencia de brusquedad, de corta duración y graves efectos que se produce en la mayor parte de los casos de un modo instantáneo y con un escaso tiempo para la prevención, algo que no ocurre con la sequía, en la que los ritmos y tiempos son de larga duración (pluriestacionales y plurianuales).

A nuestro entender ese carácter de catástrofe, si bien menos virulento, tal vez más puntual en su marco espacial, pero quizás más frecuente en cuanto a su recurrencia, se produce en los ámbitos mediterráneos asociados a, o con la presencia, de dos fenómenos como son la helada y el granizo. En este caso, su frecuencia los ha hecho menos temibles para el hombre de la calle y por ello adquieren un carácter menos virulento; en efecto, sus repersusiones tienen un contenido marcadamente agrario, salvo el primero que parece afectar incluso a esos espacios más atemporales como son las ciudades y el medio urbano.

Un aspecto que no puede escapar en esta referencia es el hecho que ese carácter de catastrófico lo confiere un espíritu, una mentalidad y una opinión urbanizada, del hombre de la ciudad, proceda o no del medio rural. Un espacio urbano en el que han comenzado a sentirse, o en los que ha comenzado a hablarse de problemas que en sí no tienen ese carácter catastrófico, pero que combinados con ciertas situaciones y actividades humanas poco o nada controladas pueden provocar graves problemas. En todo caso esas situaciones ayudan a generar una cierta sensibilidad y mentalización sobre esos problemas concretos y los referidos al medio natural, aunque estamos convencidos que es una preocupación puntual, ya que las propias autoridades parecen contribuir a ello: la contaminación sólo existe en momentos de estabilidad atmosférica, aunque la presencia de los contaminantes sea constante.

Sin lugar a dudas lo que a tales fenómenos les confiere ese carácter de excepcionalidad, o más aún de catástrofe, es la escasa capacidad que existe en la sociedad, española en este caso, para enfrentarse a ellos, para prevenirlas o sacar las consecuencias convenientes de cara a las siguientes. Así, vemos cómo de un modo periódico y constante, con carácter más o menos virulento aparecen fenómenos tales como precipitaciones torrenciales y riadas –con todas las secuelas que las mismas llevan aparejadas–, situaciones características en determinadas estaciones o asociables a situaciones de otoño fundamentalmente y que siguen produciendo importantes daños económicos e incluso personales. Una y otra vez se pone de manifiesto la vulnerabilidad de estas áreas, de nuestra sociedad y, sobre todo, la incapacidad de adoptar medidas que prevengan y que incluso desde un punto de vista económico –jamás se podrá hablar en términos personales– sean más rentables que las pérdidas y los costes que provocan.

En otros casos, cuando la recurrencia de tales fenómenos no es tan marcada –la sequía– la previsión sigue siendo nula y este fenómeno termina convirtiéndose en un hecho que se soporta y con el que se convive con un enorme grado de estoicismo, poco identificable con el carácter de los pueblos mediterráneos.

Ante esta situación cabe preguntarse qué sentido tienen tales fenómenos si pese a los estudios que puntualmente se ponen en marcha y pese a las imágenes dantescas de la muerte, el barro, los pozos secos... la situación parece perpetuarse. ¿Se trata, por tanto, sólo del análisis

de los parámetros climáticos? o es una doble manifestación de indefensión ante el medio e incapacidad para convivir con él y en él sin iniciar graves procesos de deterioro.

UNAS JORNADAS Y UN HOMENAJE

Las breves reflexiones realizadas pueden ayudar a entender el que nos planteáramos el contribuir a su debate y reflexión de la mano de una serie de personas que por su actividad profesional y su investigación se encontraban directamente vinculados a cada uno de los temas expuestos en las Jornadas llevadas a cabo bajo el título de *Excepcionalidad y variabilidad climáticas. Catástrofes naturales (Observación, investigación y aplicación en Climatología)*.

Es indudable que hubiera sido pretencioso por nuestra parte el tratar de plantear en profundidad y agotar todos y cada uno de los temas; sin embargo, creíamos que eran una buena muestra de la problemática existente y a la que nos queríamos acercar. Así cada una de las exposiciones tenía sentido en sí misma y en relación con las restantes. En última instancia se trataba de generar inquietudes a partir de la experiencia de cada uno de los ponentes buscando que la investigación y la práctica profesional se acercaran a la docencia y adquirieran mayor sentido en un debate público.

Sin embargo, pese al interés de todas y cada una de ellas y al que suscita su aparición como un hecho directamente vivido, o narrado por los medios de comunicación para el ciudadano medio e incluso para aquél que tiene capacidad de decisión y/o ejecución, el desinterés se pone de manifiesto cuando se trata de escucharlo y discutirlo con frialdad de un modo abierto y público. Una actitud que denuncia y pone de manifiesto el auténtico problema como es el cambio de las estructuras mentales de la población media y aparejado a ello –siendo más grave en todo caso– el de las personas que detentan, ostentan y ocupan los cargos públicos.

La estructura de las propias Jornadas trataba de complementar contenidos más estrictamente teóricos con otros prácticos. Así el desarrollo de las conferencias se completaba y complementaba con un curso de *Iniciación a la Observación Meteorológica*, no incluido en las presentes Actas, y desarrollado por J. L. Fajardo (Servicio Meteorológico. Cc.).

Las personas que desarrollaron las diferentes ponencias aparecían allí por el interés en combinar profesionales de diferente orientación; se trataba con ello de buscar una complementariedad e interdisciplinariedad y no caer en un cierto reduccionismo geográfico. De este modo, tres geógrafos con clara especialización y orientación a la Climatología, dos meteorólogos y un ingeniero de caminos, nos permitieron pensar, hablar y discutir durante unos días de estos temas. Esta diversidad de orientación podía romper la unidad; pero el poder contar con planteamientos y criterios distintos nos parecía razón suficiente para

asumir ese riesgo. Por otra parte tratábamos de aunar, modestamente y en unas Jornadas de reflexión y estudio como las desarrolladas, los esfuerzos de diferentes organismos en la búsqueda de una permanente y fructífera colaboración; de este modo, la Confederación Hidrográfica del Guadiana, el Instituto Nacional de Meteorología y la propia Universidad se acercaban y ponían en contacto con inquietudes que indudablemente continuarán y que esperamos sean cada vez más frecuentes y fructíferas. Nuestra pretensión fue hacer partícipes de las mismas a un mayor número de instituciones y personas; sin embargo, motivos de diversa índole o el propio desinterés actuaron de un modo selectivo, quedándonos por tanto reducidos a los organismos y personas indicados. La mayor parte de los asistentes y participantes lo constituían alumnos de la especialidad de Geografía, Licenciados y alumnos de III ciclo.

El conjunto de este volumen está constituido por las conferencias desarrolladas por los participantes al margen del mencionado curso de *Iniciación a la Observación Meteorológica*.

En las presentes Actas tan sólo falta el texto de la ponencia desarrollada por una persona, un amigo y un magnífico profesional que lamentablemente no se encuentra entre nosotros: Luis M. Albentosa Sánchez. Tal vez por ello tengan más entidad estas Jornadas y su publicación, como un modesto y sentido homenaje a alguien que no podremos olvidar y en el que la Climatología española ha tenido un magnífico representante, algo que todos apreciamos en su currículum y sus valores humanos.